



Un concierto de poderes para una era global

Documento traducido del original de la revista Project Syndicate. Escrito por: Richard N. Haass, Charles A. Kupchan¹

25 de marzo de 2021

En el siglo XIX, el Concierto de Europa conservó con éxito la paz durante medio siglo en ausencia de un poder dominante y en medio de la diversidad ideológica. Algo similar sería una bendición para la gobernanza mundial hoy en día.

NUEVA YORK - El irritable diálogo entre Estados Unidos y China de la semana pasada en Alaska augura un mal momento para las relaciones bilaterales. Y la creciente rivalidad entre los dos países indica claramente que el mundo emergente de múltiples centros de poder podría presagiar una era de mayor competencia y conflicto.

Una gran parte del problema es que la arquitectura de gobernanza internacional existente, gran parte de ella erigida poco después de la Segunda Guerra Mundial, está desactualizada y no está a la altura de la tarea de preservar la estabilidad mundial. El sistema de alianzas centrado en Estados Unidos es un club de democracias, poco adecuado para fomentar la cooperación a través de líneas ideológicas. Las cumbres del G7 o del G20 son episódicas y pasan demasiado tiempo regateando por *los comunicados*. Las Naciones Unidas ofrecen un foro mundial permanente, pero su Consejo de Seguridad invita a la tribuna y la parálisis entre los miembros permanentes que ejercen el veto.

Lo que se necesita es un concierto mundial de potencias, un grupo directivo informal de los países más influyentes del mundo. La historia de la Europa del siglo XIX marca el camino. El Concierto de Europa - una agrupación de Gran Bretaña, Francia, Rusia, Prusia y Austria formada en 1815 - conservó con éxito la paz durante medio siglo en ausencia de un poder dominante y en medio de la diversidad ideológica. El Concierto de Europa se basó en el compromiso mutuo de basarse en la comunicación regular y la resolución pacífica de las disputas para mantener la solución territorial que puso fin a las sangrientas guerras napoleónicas.

Un concierto global ofrece el mejor vehículo para gestionar un mundo que ya no está dominado por Estados Unidos y Occidente. Los miembros serían China, la Unión Europea, la India, el Japón,

¹ Richard Haass, presidente del Consejo de Relaciones Exteriores, anteriormente se desempeñó como Director de Planificación de Políticas para el Departamento de Estado de EE. UU. (2001-2003) y fue enviado especial del presidente George W. Bush a Irlanda del Norte y Coordinador para el futuro de Afganistán. Es autor de *The World: A Brief Introduction* (Penguin Press, 2020). Charles Kupchan, es miembro del Consejo de Seguridad Nacional de los presidentes Bill Clinton y Barack Obama, es profesor de Asuntos Internacionales en la Universidad de Georgetown, miembro principal del Consejo de Relaciones Exteriores y autor de *Isolationism: A History of America's Efforts to Shield Sí mismo del mundo*.



Rusia y los Estados Unidos, representando colectivamente aproximadamente el 70% del PIB mundial y el gasto militar mundial. Incluir a estos seis pesos pesados daría una influencia geopolítica de concierto global mientras lo protegía de convertirse en una tertulia compleja.

Los miembros del concierto enviarían representantes permanentes de alto rango a una sede permanente en un lugar determinado por mutuo acuerdo. Las cumbres se producirían regularmente y según fuera necesario para hacer frente a las crisis. Aunque no serían miembros formales, cuatro organizaciones regionales -la Unión Africana, la Liga Árabe, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático y la Organización de Estados Americanos- mantendrían delegaciones permanentes en la sede del concierto. Al debatir cuestiones que afectan a estas regiones, los miembros del concierto invitarían a delegados de estos órganos y otros países pertinentes a unirse a las reuniones.

Un concierto contemporáneo, como su antecesor del siglo XIX, permitiría un diálogo estratégico sostenido. Pondría sobre la mesa a los Estados más influyentes, independientemente de su tipo de régimen, separando así las diferencias ideológicas sobre la gobernanza interna de los asuntos que requieren cooperación internacional. Evitaría los procedimientos formales y las normas codificadas, en lugar de basarse en la persuasión y el compromiso para construir consensos.

El concierto sería un órgano consultivo, no un órgano decisoria, que abordaría las crisis emergentes, crearía nuevas reglas del camino y fomentaría el apoyo a las iniciativas colectivas. Dejaría la supervisión operativa a las Naciones Unidas y a otros organismos existentes. De este modo, el concierto aumentaría, no suplantaría, la arquitectura internacional actual, sentándose encima de ella para tomar decisiones que luego podrían tomarse e implementarse en otros lugares.

Al igual que el Concierto de Europa, un concierto contemporáneo promovería la estabilidad privilegiando el statu quo territorial y una visión de soberanía que impide, salvo en el caso del consenso internacional, el uso de la fuerza militar u otros medios coercitivos para alterar las fronteras existentes o derrocar regímenes. Los Miembros se reservarían el derecho de adoptar medidas unilaterales cuando consideren que sus intereses vitales están en juego. Idealmente, un diálogo estratégico sostenido haría que los movimientos unilaterales sean menos frecuentes y desestabilizadores.

El concierto también trataría de generar respuestas colectivas a los desafíos a largo plazo, como la lucha contra la proliferación de armas de destrucción masiva, así como las redes terroristas, la promoción de la salud mundial, la falsificación de normas en el ciberespacio y la lucha contra el cambio climático. Estos asuntos importantes a menudo caen entre grietas institucionales que el concierto podría llenar.

Imagínese lo que podría haber sido un concierto global tomado en forma después de la Guerra Fría. Las principales potencias podrían haber sido capaces de evitar, o al menos hacer mucho menos sangrientas, las guerras civiles en Yugoslavia, Ruanda y Siria. Rusia y Estados Unidos



podrían haber sido capaces de forjar un terreno común en una arquitectura de seguridad para Europa, evitando las continuas fricciones sobre la expansión de la OTAN y evitando las apropiaciones terrestres rusas en Georgia y Ucrania. La pandemia de coronavirus podría haber sido mejor contenida si un grupo de dirección de gran potencia coordinara una respuesta desde el primer día.

De cara al futuro, un concierto de potencias mundiales sería un lugar para minimizar el riesgo de que las diferencias entre Estados Unidos y China sobre Taiwán desencadenen un gran enfrentamiento. Podría facilitar la resolución pacífica de estancamientos políticos en lugares como Afganistán y Venezuela. Y podría establecer parámetros para limitar la interferencia de los países en la política interna del otro.

Sin embargo, establecer un concierto global no sería panacea. Convocar a los pesos pesados del mundo difícilmente garantiza un consenso entre ellos, y el éxito a menudo significaría gestionar, no eliminar, las amenazas al orden regional y global. El grupo directivo propuesto aceptaría a los gobiernos liberales e iliberales como legítimos y autoritarios, lo que implicaría el abandono de la visión de larga data de Occidente de un orden global hecho a su imagen. Y restringir la pertenencia a los actores más importantes e influyentes sacrificaría la representación en favor de la eficacia, reforzando la jerarquía y la inequidad en el sistema internacional.

Pero un concierto global tiene una enorme ventaja. Ofrece la mejor y más realista manera de avanzar en el consenso de grandes potencias, y lo que es viable y alcanzable siempre es preferible a lo deseable pero imposible. Y la alternativa más probable a un grupo de dirección de gran potencia, un mundo rebelde administrado por nadie, no es de interés de nadie.